

No me es posible decirte lo que me has hecho sentir al hablarme del pecado. ~~que antes de ahora había pasado ca-~~
ar-

portuno desconocido, — sírvase vd. pasar á su asiento, dejarme su libro para verlo, y dentro de unos minutos tendré el gusto de llevárselo.

La joven se ausentó disgustada; su improvisado interlocutor hizo girar rápidamente las hojas, y mostrando una estampa á su conocido, le dijo: — Mire vd. lo que va á leer su hija.

El padre palideció, se puso en pie, y en exclamaciones incoherentes manifestó su desagrado. Quiso levantarse para reconvenir al vendedor de aquel veneno; pero su amigo lo contuvo, diciéndole que nada se aventajaba, y que convenía aprovechar este hecho que anunciaba un peligro, para evitarlo. . . . La conversación siguió girando sobre la lectura, á la que esa joven, según dijo su padre, era muy aficionada; á los males que puede causar, así como á los bienes que puede producir. Mi vecino recomendó algunas obras, que divierten, instruyen y moralizan, cuyos títu-

los anotó en su cartera el padre, que se mostró muy agradecido.¹

En cuanto al periódico, no puedes tener idea de cómo pululan esas hojas volantes de á centavo, que á mí no me dejan leer, pero que yo, á pesar de la prohibición, he leído y rechazado con horror.

Se me representan á esos mosquitos ponzoñosos que en todas partes están, que por todas partes se meten, que á todo el mundo pican, inyectando, en sus picaduras, la ponzoña Y hay unos que tienen estampas, que la verdad no sé cómo los permiten.

Yo te prometo evitar, á toda costa, las malas lecturas; y aunque me ha de costar trabajo privarme de las novelas, que me han gustado tanto, no volverás á ver una en mis manos.

¹ Este episodio es histórico, y el autor de estas líneas fué quien impidió la lectura de un libro inmoral á la virtuosa joven en cuyas manos cayó.

y por lo que yo he sentido con tu reseña, comprendo lo que tú sentirías con la realidad.

¡La música, que con artística flexibilidad se hermana con nuestras alegrías,

La tierna parábola del Hijo Pródigo, que no sólo leí con avidez, sino que pude contemplar á lo vivo en unos cuadros que tenemos en el saloncito, y que había yo visto con la misma indiferencia que los dibujos del tapiz, me ha hecho llorar mucho, pues no he podido menos que notar las semejanzas que existen entre mi alma y ese infeliz á la vez que ingrato hijo; y en cuanto al pecado venial, he sentido no sé qué, al verlo familiarizada que estoy con él, pues hasta me parece natural el cometerlo..

¡Ay Elvira de mi alma! ¡qué será de mí si en el estado en que actualmente estoy me sorprende la muerte! ¡Dichosa tú que al meditar en ella te sentiste con valor para morir! Yo no, yo tengo mucho miedo, y le pido á Dios que antes de mandarme la muerte me conceda entrar á Ejercicios.....

La rápida consideración—pues ni meditación puede llamarse—que me obligaste á hacer del juicio y del infer-

jo su padre, era muy aficionada; á los males que puede causar, así como á los bienes que puede producir. Mi vecino recomendó algunas obras, que divierten, instruyen y moralizan, cuyos títu-

no me puso excitada, nerviosa, enloquecida, pues te lo digo con ingenuidad, yo temía y temo presentarme en el juicio, porque estaba segura que después de él me esperaba el infierno....pero cuando me hiciste ver estas palabras del P. Director: «*Buenas noches, hasta la gloria,*» hizo explosión millanto reprimido. Lloré mucho y me desahugué mucho, pues yo también espero el cielo....¿Es verdad, mi dulce amiga, que Dios me lo ha de conceder? ¿Es verdad que tú me ayudarás á pedirlo? ¿Es verdad que, para conquistarlo, todo mi empeño debe cifrarse en entrar á Ejercicios?....

Un verdadero destello de la gloria me han parecido los últimos instantes de tu permanencia en ese santo Retiro, en el que tan cerca has estado de Dios; y por lo que yo he sentido con tu reseña, comprendo lo que tú sentirías con la realidad.

¡La música, que con artística flexibilidad se hermana con nuestras alegrías,

La tierna parábola del Hijo Pródigo, que no sólo leí con avidez, sino que pude contemplar á lo vivo en unos cuadros que tenemos en el saloncito, y que

con nuestros pesares, con los sentimientos todos de nuestro corazón y con todas las emanaciones de nuestra alma! Las flores, que parecen ser las depositarias de los colores de la luz, de la frescura de las brisas, del aroma de los perfumes, de los encantos todos de la encantadora naturaleza; los himnos que se entonan, las felicitaciones que á las almas afortunadas se dirigen, los obsequios que se les hacen, el júbilo de que se las rodea. . . . ¡Ay, Elvira del alma, cuándo habías soñado disfrutar esos goces, que no sé cómo no derritieron tu corazón, por naturaleza tan delicado y tan sensible!

Bien comprendo, amada Elvira, cuánto en estos Ejercicios, que tú has saboreado, y de cuya abundantísima cosecha has dejado caer, como los segadores de Booz, unas nutridas y doradas espigas para que yo las recoja; bien comprendo, digo, cuánto se exaltó tu amor á María, puesto que por Ella nos

vienen todos los beneficios que Dios es tan pródigo en derramar sobre sus hijos: ¡y es tan dulce, tan tierna, tan misericordiosa, tan Madre! Y hay en su amor tanta ternura, y en su poder tanto atractivo, y en su devoción tanta pureza, y en su conjunto tantos encantos, que yo no concibo nada bello, nada grande, nada tierno, nada santo separado de María . . . Ah, sí, yo soy, te lo repito con sinceridad, verdaderamente mala, pero amo á María mucho, mucho, mucho, y la he de amar toda mi vida.

Tienes mucha razón, mi amada Elvira, y ya te he manifestado mi resolución de no casarme antes de tomar los Ejercicios, pues siempre he visto el matrimonio como un Sacramento, sin cuya gracia no es posible llenar sus delicados deberes. Cómo tú sabes, mi prometido esposo es un buen creyente, sin lo que, de seguro, no le hubiera correspondido, y ha aprobado mi resolución; y en esto han influido mucho tus cartas, que

La tierna parábola del Hijo Pródigo, que no sólo leí con avidez, sino que pude contemplar á lo vivo en unos cuadros que tenemos en el saloncito, y que

ha leído con emoción y ha elogiado con entusiasmo. Tuvo la franqueza de decirme que antes de leer tus cartas tenía otra idea de los Ejercicios, pues había oído hablar mal de ellos. Yo le manifesté que el mundo está llenó de mentecatos, que con el atrevimiento de la ignorancia hablan de lo que no entienden, emiten ideas que no son propias, recogidas muchas de ellas en los periódicos de á centavo; que si se les hace una pregunta del Catecismo, contestan, con aire de superioridad y de jactancia, que ya no se acuerdan, y que en cualquier corrillo, entre los sorbos del café, el humo del tabaco y las copas de la cantina, se erigen en tribunal para juzgar á los santos Padres, á los Concilios y hasta al Espíritu Santo, pues no perdonan en su ceguedad ni á las Santas Escrituras.

Dejémoslos y compadezcámoslos, y que no venga su recuerdo á enturbiar la alegría en que me siento rebosar al sentir la dicha que inundó tu alma en

las últimas horas de los santos Ejercicios.

¡Qué pródigo se manifestó Dios para pagarte el sacrificio que le hiciste, consagrándote á Él por unos días! ¡Cuánto hubieras perdido si te dejás llevar de tus primeros impulsos y te sales de esa santa casa! Se conoce que Dios te quiere mucho cuando te libró de un mal tan inminente, concediéndote un bien tan grande; y que á mí no me quiere menos cuando me ha dado á ti por amiga.

Con el alma te doy este dulce nombre; y enviándote un estrecho abrazo, que espero poder darte muy pronto, te envío mi más cordial felicitación, recomendándome á tus oraciones y repitiéndome tu amiga.

JULIA.



La tierna parábola del Hijo Pródigo,
que no sólo leí con avidez, sino que pu-
de contemplar á lo vivo en unos cua-
dros que tenemos en el saloncito, y que

ERRATAS NOTADAS

Pág.	Línea.	Se lee.	Debe leerse.
6	19	se dan	se da
20	7	querido	querido,
51	19	del alma	de alma
61	2	Santísimo el,	Santísimo, el
67	12	cama biado	cambiado
67	12	quel	que la
73	10	toda	todo
99	13	últimamente	estrictamente
102	15	otro día	á otro día
102	17	mujeres	mujeres,
103	22	el librito	en el librito
111	15	halla	haya
122	1	en la Capilla	á la Capilla
125	20	Magdala	Magdalo

San Bernardo número 9

1887